

CAPITULO X.

CURA JESUS MILAGROSAMENTE A UN LEPROSO Y AL CRIADO DEL CENTURION; RESUCITA AL HIJO DE LA VIUDA DE NAIM; SOSIEGA EL MAR ALBOROTADO, Y DA LIBERTAD A DOS POSEIDOS DE LOS ESPÍRITUS INMUNDOS.

Después que Jesucristo dió á sus apóstoles y discípulos esa admirable y preciosa multitud de preceptos y consejos evangélicos, bajó del monte seguido no solamente de aquellos, sino de una turba inmensa que todavía deseaba con ansia oír las saludables doctrinas con que la instruíra; y el Señor quiso no solo instruirles, sino confirmarles en la fe y creencia de cuanto les habia enseñado por medio de los milagros que se disponia obrar á su vista; sobre lo que dice san Gerónimo [1]: Después de la predicacion de la doctrina obra Jesús maravillas, para que edificados y consolados los oyentes crean con mas firmeza lo que antes oyeron. Y san Crisóstomo añade [2]: A las palabras siguen los milagros, porque el que era maravilloso en la sabiduria manifestase tambien serlo en las obras.

Bajó el Señor del monte para hacer milagros, para que á la vista de estos fuese creído sin repugnancia el mayor que habia obrado, bajando del encumbrado monte de la divinidad al valle profundísi-

[1] Hieronim. in cap. 8 Math.

[2] Div. Crisost. Hom. 21 oper imperfect.

mo de la humanidad, quedando lo que era y tomando lo que no era: tomando la forma de siervo sin dejar de ser Dios; porque si el Hijo de Dios no hubiera bajado á un estado tan humilde, nunca el hombre hubiera ascendido á la altísima dignidad de hijo de Dios, ni á la cumbre de la gloria que por sí no podia merecer.

Bajó del monte, y lo primero que hizo fué limpiar al leproso para que en esto se conociese que en aquel se habia dado el nuevo Testamento y que la gracia del Evangelio era mayor y de mas virtud que la antigua ley, porque esta desechaba á los leprosos y aquellos los sanaba; pero era cuando bien dispuestos en su corazon, llenos de confianza y fe se acercaban á suplicarle, porque entonces el Señor se complacia en ejercer sobre ellos sus misericordias. El leproso era un objeto digno de compasion; por la naturaleza de su mal se hallaba precisado á vivir errante por los montes y desiertos, y cuando salia á pedir limosna en los caminos tenia que avisar desde lejos á los pasajeros el mal de que se hallaba herido.

No es claro si la historia de este leproso es la misma que refieren san Marcos y san Lucas, ó si fué otro distinto del que ellos cuentan; la diferencia solo parece estar en que el leproso de san Mateo refiere fué curado después de bajar Jesús del monte, y el que aquellos cuentan lo fué antes de subir á él. No hay inconveniente alguno en creer que fueron dos, ni es extraño que los dos se explicasen de una misma manera y con las mismas afectuosas expresiones le rogasen, y que del mismo modo los curase el Señor mandándoles que fuesen á presentarse á los sacerdotes; porque era riquísimo en misericordias, y su omnipotencia y poder eran infinitas como él mismo.

La multitud y conmocion de las turbas que seguian á Jesús y alborotaban los caminos, avisaron al leproso de que por allí pasaba su Majestad; y estando privado de entrar y aun de acercarse á las poblaciones, miró esta ocasion como la mas oportuna para conseguir su salud: acercábase gritando y la multitud le abrió bien presto el camino por el temor de mancharse con el contacto de un leproso. Mas el Señor no se apartó y al enfermo le fué muy fácil reconocerle por la benignidad con que le permitia acercarse á su persona. Acercábase mas inflamado por la fe de su corazon que por

el deseo de conseguir la salud corporal; y así que se postra, que pega su cara contra el polvo de la tierra, que le llama *Señor*, que confiesa su *omnipotencia*, y que publica esperar en su *bondad*. *Señor*, le dice, *si vos queréis, podéis limpiarme*. Súplica que se hacia con tanta fe, esperanza y humildad, no podia dejar de ser pronto y bien despachada.

Sobre este modo de pedir tan humilde y reverente dice san Ambrosio [1]: Pegar el leproso su cara contra el polvo de la tierra para implorar la misericordia del Salvador fué vergüenza y humildad, para significar que cada uno debe tener vergüenza de las culpas y pecados que ha cometido; pero la vergüenza no le estorbó la confesion. Manifestó al médico soberano la enfermedad que padecia y le pidió el remedio. Con todo, no dudando de su poder no le dijo *limpiame, Señor*, sino que se resignó á la disposicion de su voluntad y aguardó con paciencia que la manifestase. Si quieres, le dijo, *bien puedes limpiarme*. Tu voluntad sola es el remedio mas eficaz para curarme: eres Todopoderoso y haces por consiguiente todo lo que quieres. Así manifestó la fe de su corazon, confesó el poder de Dios, publicó la esperanza que tenia en su bondad y logró que el Señor extendiera hácia él su mano, que le tocara, y le dijera: *Quiero; sed limpio*; y que al pronunciar estas palabras desapareciese el mal y quedase inmediatamente limpio. Extendió su mano como liberal y condenó la avaricia de los que se niegan á este acto de generosidad para remediar las necesidades de sus prójimos. Le tocó é hizo alarde de su humildad para abatir nuestra soberbia. Dijo quiero, mostrando su clemencia divina contra la envidia feroz que en miles de ocasiones nos impide ser clementes y misericordiosos con los infelices y necesitados. Y quedó limpio condenando la incredulidad de los que creian en él, á pesar de los milagros que obraba en beneficio de todos para confirmar su doctrina.

Varios son los leprosos de que nos hablan las Escrituras santas, y varios son tambien los modos ó medios con que fueron curados. Naaman, general rey de Siria, lo fué lavándose siete veces en el Jordán como se lo mandó Eliseo [2]. Para sanar la lepra de María,

[1] Div. Ambros. in cap. 5 Lucæ.

[2] Lib. 5, Reg. c. V, vs. 10 et 15.

hermana de Moisés, le mandó este Señor que le hiciera vivir apartada fuera del campamento de los hijos de Israel por espacio de siete dias [1]. El mismo ordenó al propio Moisés para justificar la altísima mision que le habia dado de sacar á su pueblo de la esclavitud de Egipto, metiese la mano en su seno á presencia de Faraon y la sacaria llena de lepra; y para curársela se la metiese otra vez en el seno y quedaria limpia [2]. A los diez leprosos les mandó que fuesen á manifestarse á los sacerdotes, y cuando iban quedaron curados en el camino [3]; y al que san Mateo refiere lo curó el Señor tocándolo con su propia mano, ya para demostrarnos la eficacia y virtud de su mano omnipotente, ya lo grato que era á Dios su Padre el heroismo de su humildad, y ya en fin lo escelso y asombroso de su misericordia, que no se desdenaba de tocar á un leproso. Es cierto que la ley prohibia á los leprosos mezclarse con los judíos, y á estos acercarse á aquellos; pero no les impedia usar de misericordia con ellos: por esto Jesucristo, autor de la ley y legislador supremo, se dispensó de la letra de la ley y se conformó con el espíritu del legislador, usando de misericordia con el leproso. Llegó á él; dice el Crisóstomo [4], no solo por el gran misterio que la curacion del leproso figuraba, sino para ser modelo de humildes y ejemplo de compasion para todos aquellos que padeciesen algunas necesidades ó angustias, á fin de que cualquiera que fuese la enfermedad que los hombres padeciesen, ninguno, por grande y elevado que fuese en la tierra, se desdenase de acercarse á él y consolarle.

Mandó el Señor al curado que á nadie dijese la gracia que habia recibido, porque no queria que los sacerdotes tuviesen noticia del suceso antes que ellos mismos pudiesen atestiguar por su propia confesion la verdad del hecho; porque como conocia bien su perversidad y suspicacia, recelaba que mirasen como delito en el enfermo haber sido curado y en el mismo haber usado de su caridad. Mas después que el paciente hubiese sufrido su exámen ordinario presentando la ofrenda señalada y el sacerdote la hubiese aceptado,

[1] Numer. cap. 12, v. 14.

[2] Exod. cap. 4, vs. 6 et 7.

[3] Luc. 17, v. 14.

[4] Div. Crisostom. Hom. 26 in Math.

declarándole perfectamente limpio y que podia volver al trato y comercio con los demás hombres, ya no se oponia su Majestad á que supiesen los sacerdotes la parte que él habia tenido en la curacion; pues en tal caso ya llegaba tarde la calumnia y no habia lugar á la revocacion del testimonio que habian dado de la perfecta sanidad del doliente. Esta fué sin duda la causa que tendria á primera vista el Salvador para mandar seriamente al leproso que se retirase, diciéndole no revelase á nadie que él lo habia curado, sino que fuese á presentarse al pontífice para que lo examinase y restableciese al comercio de sus hermanos.

Tan rico en humildad como en poder y gracia, envió el Señor al leproso á los sacerdotes y le encargó ofreciera el don mandado por Moisés, por cinco razones muy principales y poderosas: La primera, porque aunque estaba sano, no era tenido por tal ni debia segun la ley ser admitido á vivir entre los sanos, sin que el juicio de los sacerdotes le declarase limpio, ofreciendo al Señor el don que mandaba la ley en reconocimiento del beneficio recibido; porque así como por orden de los sacerdotes era separado de las ciudades, tampoco podia volver á ellas sin su autorizacion y permiso. La segunda, para darnos ejemplo de humildad; porque aunque él obraba con autoridad y omnipotencia divina, no quiso defraudar el honor y respeto que se debia á los sacerdotes enseñando á los demás la reverencia que en todas ocasiones y bajo todos conceptos se les debe tener. La tercera, para cerrar la boca á la maledicencia de los fariseos que le acusaban de quebrantador de la ley, dando á conocer que aunque sanaba las enfermedades con una virtud muy superior á todas las leyes humanas, no por eso mandaba cosas contra lo prevenido en las leyes. La cuarta, para hacer entender á los sacerdotes que curado aquel leproso por la gracia y eficacia de la virtud divina que en él residia, el sacerdocio santo que ejercia y venia á establecer entre los hombres, era de una virtud y naturaleza muy superior al que ellos desempeñaban, pues su virtud no alcanzaba á curar y sanar las enfermedades y dolencias. Y la quinta, para probar la fe de aquel sacerdocio y quitar todo motivo de duda ó excusa con que pudieran cohonestar ó paliar su incredulidad; por lo que dijo el Señor al leproso, que ofreciera el don á los sacerdotes en tes-

timonio á ellos, que significa en testimonio contra ellos si visto el milagro todavía no le diesen crédito.

Significanos claramente el Maestro divino que el pecador, de quien era figura el leproso, tiene obligacion de presentarse al sacerdote y mostrarse á él por la confesion aunque esté ya limpio de la lepra del pecado por la contricion; porque es preciso que se rinda y humille, y que acepte por consejo del sacerdote la penitencia que se le imponga, ofreciendo por este medio el don de la satisfaccion: por esto le dijo: Anda ve, muéstrate al sacerdote; esto es, muéstrale lo que hiciste, lo que pensaste, lo que hablaste: no le escondas tu vida, no pudieses tus crímenes y los disminuyas con frívolas y vanas excusas, sino manifiéstale claramente y sin rebazo lo que hay en tu interior, y sabe que sólo al sacerdote es á quien debes hacer esta manifestacion.

Obedeció el infeliz al Salvador aunque no en todo. Sacado repentinamente de la miseria y libre de una humillacion que le confundia y avergonzaba, tenia mucha dificultad en no publicar el beneficio recibido, la bondad de su libertador, y en ocultar su poder milagroso. Estaba tan fuera de sí, que ó no comprendió la orden de Jesucristo, ó no se juzgó obligado á obedecerla. No podia persuadirse que una formalidad ó ceremonia como la que se le mandaba de presentarse al sacerdote, obligase á tan dura prueba su reconocimiento. En efecto, él se retiró de la presencia del Salvador; pero fué para ir á publicar en alta voz la maravilla obrada en su persona, y para hacer de ella otros tantos testigos cuantos hombres encontraba que lo habian conocido por leproso y huido de su trato y conversacion. Pero así como la lepra es una enfermedad asquerosa que inficiona el cuerpo y se comunica y contrae hasta por el aliento; así la gratitud y reconocimiento del leproso parece que contagiaban tambien infinitos corazones, que agolpándose sobre el Salvador le hubieran oprimido con sus súplicas y admiraciones si su misericordia y humanidad no hubiesen sido igualmente infinitas; y aunque se retiraba con mucha frecuencia á los desiertos para huir de las turbas, orar y tratar mas familiarmente con su Padre, la necesidad ó la ansia y el deseo de los pueblos de oír su divina palabra y experimentar sus bondades, le sacaban de su retiro; y obliga-

ban á recorrer las villas y ciudades por donde mas de una vez habia ya transitado,

No hacia mucho tiempo que habia salido Jesús de Cafarnaum; y casi á la fuerza le impelieron las turbas á que volviese allá, porque eran muchos los que en aquella ciudad le esperaban: entre ellos habia un gentil mas digno de los favores del Mesías que muchos de los judíos que aparentaban ser sus admiradores y secuaces: este era un hombre de guerra que mandaba una compañía de cien hombres, por lo que se llamaba centurion: permanecia en Cafarnaum, que era la metrópoli de Galilea, entonces ciudad muy opulenta y poderosa, mas hoy muy pobre y abatida, con el objeto de cobrar los tributos que los galileos pagaban á los romanos, y con el de impedir que aquellos se revelasen contra estos; y habiendo oido decir que Jesús habia llegado á la ciudad, se presentó á él é imploró su misericordia con aquella sencillez, franqueza y buena fe que gana los corazones para con los hombres y asegura para con Dios el buen despacho en las súplicas que se le dirigen, y como acostumbran á hacerlo los hombres de su profesion cuando tienen religion y fe. Acercóse á él con fe, deseo y reverencia, mas que con la presencia y rendimiento corporal. Acercóse el extraño por la genealogía, pero doméstico por el corazon; el extranjero por la nacion, pero muy cercano por la fe; el principe de los soldados, pero compañero de los ángeles; el que no era judío sino gentil, y por esto, reputándose como indigno de acercarse á Jesús y merecer sus favores, no se atrevió á verificarlo por sí inmediatamente, como asegura Origenes, sino que envió primero los ancianos de los judíos, se asoció y mezcló con ellos, como mas familiares y amigos de Jesús, y por su mediacion le rogó y dijo [1]: *Señor*, en cuya potestad están la enfermedad y la salud, la muerte y la vida; *mi muchacho*, esto es, mi criado y súbito; y adviértase que le llama muchacho, por la corta edad y mucha familiaridad que con él tenia, y para condenar la soberbia de los amos altaneros y orgullosos que desprecian la humilde condicion de los criados: *está paraltico en mi casa*; con lo que condena tambien la inhumanidad de los señores, que viendo á sus criados enfer-

[1] Origen. Hom. 5 in diversos. De laude centurionia.

mos los despiden de sus casas y envían á los hospitales, olvidando los buenos servicios que en los dias de su salud les prestaron: *y lo pasa muy mal*, porque es atormentado de graves y fuertes dolores.

Tres palabras pronuncia, á saber: *está postrado, está paraltico, y lo pasa muy mal*, para indicar las angustias del enfermo, los afectos con que él ruega, y excitar de esta manera la misericordia del Señor; sobre lo que dice san Crisóstomo [1]: Ve como por medio de los nuncios solo expone la enfermedad, y el remedio de la salud le deja al cuidado de la misericordia ya bien pública de aquel á quien la súplica se dirige. Permision fué de la divina Providencia fueron los ancianos de los judíos como los postuladores de la misericordia, para que fuesen mas inexcusables en el tribunal de la justicia divina, si viendo el milagro y creyendo el gentil, no creyesen ellos tambien. Bastó al centurion solo el oír referir los milagros que Cristo obraba, para creer firmemente que podia sanar su criado á quien amaba, y el que sin duda alguna pereciera si Cristo no le sanara: por lo que era tan solícito en rogar por su salud; en lo que debemos nosotros aprender la misericordia que hemos de usar con nuestros siervos y súbditos y el cuidado que de ellos hemos de tener cuando los vemos enfermos y tendidos en el lecho del dolor; no debe ser mayor el que tengamos de nosotros mismos estando sanos, que el que tengamos de los súbditos enfermos; ni tampoco debe ser mayor el afan por nuestras comodidades y regalos, que la solícitud y vigilancia por el consuelo y alivio de aquellos.

Rogó á la verdad, pero mas solícito por aliviar las angustias de su criado; y mas deseoso de su curacion que de su propio honor, no instó para que el Salvador fuese á su casa, no dudando de la Majestad de Cristo, ni de la reverencia y honor que se le debian, por lo que Jesús, que conocia bien el fondo de la humildad con que se le rogaba, y la respetuosa devocion con que iba acompañada la súplica, contestó á los internuncios con la humildad y misericordia que le caracterizaban, y dijo: *Yo iré y le sanaré. Yo iré*, esta es la humildad, *y le sanaré*, esta es la misericordia, y en el acto mismo empezó á marchar con ellos. Iba, porque ya sabia lo que habia

[1] Div. Crisostom. Hom. 22 Oper. imperfect.

de suceder. Iba con toda la plenitud que tenia de poder para obrar y sanar los enfermos sin que para ello se necesitase su presencia corporal. Iba á visitar á un pobre aunque era el médico soberano, para confundir la poca caridad de los médicos de la tierra, que desatienden á los pobres para atender á los ricos. Iba y el centurion pensaba; y ya no muy distante de su casa, ilustrado por la fe y por un acto explicito y verdadero de ella, se humilla á la presencia de Cristo cuya grandeza y majestad no desconoce, y le dice: *¡Señor! Yo no soy digno de que entreis en mi pobre morada: una sola palabra vuestra es mas que suficiente para que mi criado recobre inmediatamente la salud: pronunciadla sin moveros del lugar donde estais, y yo estoy seguro de que apenas habeis le encontraré enteramente bueno.*

Ruega con humildad y con fe, y como por la fe conoce su pequeñez á la presencia de la grandeza de Cristo, no llama á su morada casa y mucho menos palacio, sino *techo*, ó morada pobre, indigna de recibir Señor tan alto. No se le oculta que es gentil y que vive como gentil, y teme que se ofenda la delicadeza de Cristo al entrar en su morada, porque le cree verdadero Dios. Confiesase indigno, y entonces se hace digno de que entre el hijo de Dios, no solo dentro las paredes de su casa, sino dentro de su propio corazón [1]. Y porque se confiesa indigno de recibir á Cristo en su casa, se hace por lo mismo digno de su reino [2]. ¡Asombrosa fe! Excelsa y heroica fe que cree que el decir en Cristo es lo mismo que el hacer. En las palabras y en las obras de este gentil creyente brillan sobremanera la humildad, la fe, la prudencia, la caridad. La humildad, porque cuando Jesús estaba dispuesto á entrar en su casa, no se juzgó merecedor de esta honra y humildemente la resistió. La fe porque siendo gentil creyó firmemente que con hablar una palabra restituiría el Señor á su criado la completa salud. La prudencia, porque conoció la divinidad enenbierta con la humanidad, y al que veia caminar con el cuerpo y mudarse de un lugar á otro, le consideró presente en todos en razon de su divinidad. Y la caridad, en fin, porque cuando otros muchos se acercaban al Señor á suplicarle pa-

[1] Div. August. Serm. 6 de Verb. Domini.

[2] Div. Crisostom. Hom. 27 in Math.

ra sí mismos, ó para sus hijos, ó para las personas que mas amaban, él se acercó para rogarle por un pobre criado.

Manifestó no solo la fe, sino la constancia y la firmeza de su fe cuando resistiendo humildemente la marcha del Señor hácia su casa le dijo: Yo sé bien que las enfermedades mas obstinadas os obedecen, como los soldados á sus jefes y capitanes. Yo, que os ruego ahora con la humildad posible, no soy mas que un pobre subalterno, sujeto á la autoridad del tribuno y á la del emperador, y sin embargo, mis soldados me están tan subordinados y dependientes de mi voluntad, que con solo hablarles todos se ponen en movimiento y me obedecen. A uno le digo, marcha á tal punto, y luego parte; á otro le mando venir, y viene sin réplica; y á mi criado le ordeno que haga esto ó aquello, y lo ejecuta sin resistencia: ¿cuánto mejor vos, cuyo poder es soberano é independiente, os hareis obedecer de todas las criaturas, cualquiera que sea la órden que les intimes? ¿Cuánto mas vos que sois Dios omnipotente, á quien sirven rendidas todas las potestades del cielo, á quien obedecen los ángeles, y cuya órden y mandato nadie puede resistir, podreis curar á mi criado con hablar tan solamente una palabra? Ninguna necesidad hay pues de que os fatigéis en entrar bajo mi techo: habladla, Señor, y mi criado quedará perfectamente sano [1].

Oyó el Señor como con admiracion las palabras tan expresivas de la fe que en su corazón latia; y la comparacion militar con que quiso corroborarla, no dejaba de ser maravillosa en la boca de un gentil, pero sin quedar por esto sorprendido, porque infinito en comprension, sabiduria y poder, nada podia sorprenderle; manifestó una especie de admiracion por lo que habia oido, y aprovechó la ocasion para dar á los mismos ancianos de los judíos una leccion muy útil, previniéndoles contra la incredulidad de otros muchos de sus hermanos para quienes no bastaria la repeticion y multiplicacion de milagros para sacarlos de aquella. Se admiró celebrando los rápidos progresos de la fe del centurion, y admiró en él las misericordias inefables de su Padre, para enseñarnos á celebrar y admirar las bondades de Dios en beneficio y favor del hombre que todavia

[1] Ven. Bed. in cap. 6 Lucæ.

tiene necesidad de ser avisado; porque tales movimientos de gozo y admiración en Jesucristo no indican el movimiento ó alteración de su ánimo, sino la bondad del Maestro sapientísimo que así quiere enseñarnos la gratitud y el reconocimiento que á Dios debemos [1]; y así fué que admirando su fe y proponiéndola por ejemplo á los que se hallaban presentes, les dijo: *Yo os aseguro en verdad que no he hallado tanta fe en Israel.* Esto es, desde que predico entre vosotros no he encontrado en Israel una fe comparable á la del centurion: no he visto persuasión tan viva del poder de mi Padre y mio, no obstante que este es un extranjero. De los presentes habla, dice san Gerónimo [2], no de los patriarcas y profetas que les habían precedido. O tal vez en el centurion es preferida la fe de los gentiles á la de los judíos. Grande afrenta para el pueblo circuncidado que un gentil le haga ventaja en la fe del Mesias y en la creencia del poder inmenso de su gracia; un gentil criado entre el ruido de las armas y privado de las luces que suministraba la ley de Moisés á los hijos de Jacob, puesto que nunca podia ser igual al mérito de la fe entre un judío y un gentil. El judío creía después de haber visto muchos milagros, y el gentil creía sin haber visto alguno, y sólo por oír decir que los obraba [3].

Admiró y celebró tanto el Señor la fe del centurion, no solo por la rapidez con que la vió crecer, sino porque fué el signo figurativo de la fe de los gentiles y de la mayor velocidad con que se habia de propagar entre ellos antes que entre los judíos [4]; pero los judíos no cayeron para no levantarse jamás. Su caída vino á ser una ocasion de salud para los gentiles, á fin de que el ejemplo de estos les excite la emulacion para imitar su fe, como asegura san Pablo [5]. Este es el gran misterio del acebuche ingerto en el olivo, y de las ramas del olivo desgajadas y arrancadas del tronco; por lo que les decia el apóstol: "Con vosotros hablo ¡oh gentiles! Ya que soy el apóstol de las gentes he de honrar mi ministerio para ver tambien si de algun modo puedo provocar á una santa emulacion á los de

[1] Div. August. lib. 1 contra Manicheos.

[2] Div. Hieronim. in cap. 8 Math.

[3] Div. Crisostom. Hom. 27 in Math.

[4] Ven. Bed. in cap. 6 Luc.

[5] Div. Paul. ad Rom. cap. 11, vs. 11 et sequenba.

"mi linaje y logro la salvacion de algunos de ellos. Porque si él haber sido los mas de ellos desechados ha sido ocasion de la reconciliacion del mundo, ¿qué será su restablecimiento ó conversión á la fe al fin de los tiempos, sino resurreccion de muerte ó vida? Porque si las primicias de los judíos son santas, esto es, los patriarcas, lo es tambien la masa de la nacion; y si es santa la raíz, tambien las ramas. Si algunas de ellas han sido cortadas, y tú ¡oh pueblo gentil! que no eras mas que un acebuche, has sido ingertado en su lugar y hecho participante de la savia ó jugo que sube de la raíz del olivo, no tienes de qué gloriarte con las ramas naturales. Y si te glorias, sábetete que no sustentas tú á la raíz sino la raíz á tí. Pero las ramas, dirás tú, han sido cortadas para que yo sea ingerido en su lugar. Está bien: lo fueron por su incredulidad, y tú estás ahora firme en el árbol por medio de la fe, mas no te engrías, antes bien teme. Porque si Dios no perdona á las ramas naturales, esto es, á los judíos, debes temer que si faltas, tampoco á tí te perdona. Considera pues la bondad y la severidad de Dios: la severidad para con aquellos que cayeron y la bondad para contigo si perseverares en el estado en que su bondad te ha puesto; de lo contrario tú tambien serás cortado.

La conversion de la gentilidad es un hecho que demuestra la misericordia y el poder de la gracia; y así pudo muy bien decir Jesús á los judíos: Yo os digo que lo miréis como el anuncio de la multitud de los gentiles que en pos de él vendrán del Oriente y del Occidente: entrarán en mi iglesia que es el reino de los cielos; y teniendo en su cabeza á Cristo su verdadero rey, serán admitidos á mis banquetes espirituales, y se sentarán con Abraham, Isaac y Jacob en calidad de hijos legítimos de estos santos patriarcas, cuya fe imitarán, porque á ellos se hizo la promesa de la tierra de promision, por la que se entiende la patria de los justos. Si tú pues te ves sumido en la cloaca inmundada de los vicios, cubierto con la lepra del pecado, y atolado en el cieno de la inmundicia, alientate; tratas con Dios omnipotente y propenso á perdonar; él es el ofendido y te convida al perdon. Abierto está el seno de tu clemencia para el que se vuelve á él con fe y confianza de hijo. Si el pecado te hizo hijo de ira, la fe te hará hijo de la promesa. Mas los hijos del reino, esto

es los isralitas, hijos de los patriarcas según la carne, y destinados á vivir bajo el imperio de Cristo como los primeros hijos de su Iglesia, serán entregados á las tinieblas de la incredulidad, de donde pasarán á las eternas, donde no habrá sino llanto, amargura y continuo crujir de dientes. Los hijos del reino que desecharon el imperio de Dios y le pidieron un rey á semejanza de los gentiles [1] por boca de Samuel, los hijos del reino por vocacion y promesa, serán arrojados de la vista y presencia de Dios y sepultados en las tinieblas exteriores, porque en su entendimiento y corazón ya tienen las interiores: estas consisten en la ceguedad del uno y en la dureza del otro, y las exteriores en la noche eterna de la condenacion [2]; porque el fuego del infierno no luce para manifestar á los condenados lo que puede servirles de consuelo, sino lo que es para su mayor tormento. Ven, no para alegrarse, sino para que cuanto á su alrededor vean les sirva de motivo para un eterno llorar: por esto llorarán allí sus ojos mortificados por el hedor del humo y por el ardor del fuego que los abrasará sin impedirles el mirar lo que eternamente no quisieran ver; y porque la muerte entró por aquellas ventanas que miraron atrevidas lo que no era lícito desear, llorarán con lágrimas irremediables lo que con ellas ya no podrán expiar. Allí será el crujir de dientes por la intensidad del frío con que se helarán y por la soberbia indignacion de su afecto, porque ya no llegó á tiempo el arrepentimiento de su pecado.

Dos milagros obró Jesús en Cafarnaum que merecen confrontarse y nunca olvidarse: estos son, la curacion del hijo del régulo y la del criado del centurion: el primero le ruega que vaya á su casa antes que muera su hijo, y el Señor no condesciende con su súplica, y el segundo no se considera digno de presentarse en persona para rogarle, y mucho menos de que pase á su casa para sanar al enfermo, y el Señor quiere ir allá en persona, lo que resiste el centurion con la mayor humildad. ¡Qué leccion tan importante! ¡Qué documento tan sublime! No va á visitar al hijo del régulo para que no se creyera que iba atraído por las riquezas, por la ambicion ó la lisonja, y que no era el verdadero espíritu de la caridad el que le impulsa-

[1] Lib. 1, Reg. c. 8, v. 5.

[2] Div. Greg. lib. 9 Moral.

ba á usar de misericordia con los que se la suplicaban, y marcha sin que se lo rueguen á visitar el criado del centurion, para que no se creyera que despreciaba la condicion del siervo y que á su presencia habia distincion entre los siervos y los libres, los ricos y los pobres, y que no se extendia igualmente á todos el espíritu de su caridad [1]. Como es altísimo y el mas excelso y elevado de todos los seres, ve y penetra desde la región inaccesible donde habita, el corazón de todas las criaturas; fija su atencion en las humildes, y desprecia y arroja lejos de sí á las altivas [2]; por esto le decia lleno de confianza David: Si me hallare ¡oh Señor! en medio de la tribulacion, tú me alentarás y sostendrás, porque extendiste tu mano contra el furor de mis enemigos, y tu diestra omnipotente me salvó de todos ellos. Si; el Señor tomará mi defensa: eterna es, ¡oh Señor! tu misericordia; no deseches las obras de tus manos.

Si es digno de la admiracion de los hombres el buen uso que hacen de su autoridad para con sus criados, es mucho mas digno de las atenciones de Dios ver ennoblecida y exaltada esta misma autoridad, no con una caridad estéril, frívola y aparente, con la que mas bien se busca el aura popular que el mérito de la virtud, sino con aquella fervorosa y heroica, que es la expresion sincera del amor y ternura de un padre para con sus hijos, y se ordena á conseguir á un tiempo mismo la salud espiritual y corporal de todos sus familiares y domésticos. El Señor, que vió practicar al centurion ese heroismo de caridad, quiso premiárselo largamente, concediéndole la salud repentina del criado y libertando al uno y al otro de la parálisis del alma, que es la mayor y la mas peligrosa entre todas las dolencias, y haciéndole testigo de la prediccion que hacia á su pueblo en orden á la reprobacion próxima de Israel y á la sustitucion y llamamiento de los gentiles. Habia bajado del cielo para buscar al hombre perdido sin distincion de países ni naciones; por esto no se desdenaba de ir á la casa de aquel que le buscaba con tanta humildad y fe para sanar á su criado [3]. El centurion conoció muy pronto el llamamiento que Dios hacia á todos los gen-

[1] Div. Ambros. in cap. 6 Lucæ.

[2] Psal. 137, vs. 7 et 8.

[3] Div. Gregor. Hom. 28 in Evang.

tiles, y no quiso ser de los últimos en corresponder agradecido á esta tan excelsa demostracion del divino amor; rehusaba hospedarle en su casa, y ya lo habia recibido, no como huésped, sino como Señor y Dios en el fondo de su corazon. ¿Qué admiracion tan terrible para el cristiano orgulloso que desestima las visitas misericordiosas del Dios de la caridad y del amor? ¿De qué aprovecha llamarse hijo de Dios, tener á Dios en su casa, y aun recibirle en su pecho, si no se le da la morada que él quiere, que es el corazon? ¿Y quién le prepara este hospedaje sino la humildad? ¿Quién le adorna sino la caridad? La demanda del centurion está basada sobre estas dos grandes virtudes: por esto la despachó el Señor pronta y benignamente. *Anda en paz, le dijo, y segun lo ha creído tu gran fe, así se ejecute.* Y en efecto, el milagro se obró en el mismo instante en que Jesús hablaba, y el criado del centurion fiel quedó libre del rabioso mal que le molestaba.

¡Ah! ¿Qué cristiano podrá decir que tiene fe, y oyendo la narracion de este portentoso no tomará fuerza y brio para seguir á Cristo? Confirmó el milagro la fe y la esperanza en el corazon del centurion. Habló el Señor, y su palabra, que es la expansion de su voluntad eficaz y omnipotente, obró el prodigio que el nuevo fiel creia que podia obrar, y justificó que no era menos eficaz para dar la salud á los cuerpos que á los espíritus. La fe humilde con que conoció el supremo dominio que tiene la voluntad de Dios sobre la del hombre, le obligó á un acto de sumisa y reverente adoracion, y supo atribuir á la misericordia y á la gracia de Dios lo que la soberbia humana no quiere en manera alguna agradecer. El hombre insano cree que la obra de la santificacion y de la salvacion de su alma es exclusivamente suya, y resiste dar gracias á Dios por las de su misericordia y amor; así el pueblo circuncidado pasó por la dura afrenta de que un gentil le aventajase en la confesion de la fe del Mesías y del poderío de su gracia, y así este recibió las del Señor, proporcionadas á la medida de su fe, y así la cura maravillosa de su criado se debió á la fe, á la oracion, y á la humildad, cuyos méritos le dió el mismo Jesucristo, el que desea vivamente sanar nuestros corazones de los vicios de que adolecen y hacerles dignos de la salud eterna.

Poco tiempo después marchaba Jesús con sus discípulos, y una turba inmensa de gentes que le seguian, atraídas por la novedad é importancia de sus milagros, por la suavidad y dulzura de su doctrina, y por la devoción que les inspiraba su virtuosa amabilidad y modestia, á una ciudad de Galilea que se llamaba Naim, distante dos millas del monte Tabor, dominada enteramente por las alturas del Endor, por cuya falda corre placentero y alegre el arroyo de Cison. Antes de llegar á una de las puertas de esta ciudad, en la que acostumbraba á ser siempre muy extraordinario el concurso de las gentes, salió Jesús al encuentro de una gran porcion de ellas que conducian á la sepultura á un hijo único de una pobre viuda y hacian el duelo con la madre. No fué sin divina permission y providencia que acompañara tanta gente al difunto, para que fuese mas público el milagro que habia de obrarse, y la abundancia de tantos y tan diversos testigos no dejase ningun lugar á la duda. Muchos eran, pero todos pecadores; todos muertos espiritualmente por la culpa, y el Señor queria obrar á un mismo tiempo muchas y muy diferentes resurrecciones; porque resucitando al difunto que se conducia al sepulcro, queria resucitar á los muertos por la culpa á la vida de la gracia; queria usar con ellos de misericordia ya que se ocupaban en obras de caridad y misericordia, como eran enterrar el difunto y consolar á la madre viuda. San Gregorio Niceno [1] pinta con muy pocas palabras la triste situacion de la madre y los consuelos que necesitaba. Era viuda, dice, y no esperaba parir otro hijo, no tenia en quien poner sus ojos sino solo en aquel que era único, á él solo habia dado de mamar, á solo él tenia dentro su casa para su consuelo y compañía, y solo él era todo su tesoro. Excesiva era la pena de esta mujer, y muy bastante para provocar á lágrimas y á compasion á cuantos la veian y contemplaban: observóla Jesús, y para consolarla en tanta angustia la dijo: *No llores: acercóse al féretro, y parándose poseidos de respeto los que lo conducian, lo tocó el Señor con la mano, dirigió su voz al difunto, y con aquella eficacia omnipotente con la que sacó en el principio todas las cosas criadas del seno de la nada, arrancó al difunto del lago el poder de la*

[1] Div. Greg. Nicen. in cap. 7 Luce.

muerte, le restituyó la vida y lo devolvió á su madre. Grande milagro, exclama el venerable Beda [1], propio de la grandeza y misericordia de Dios, que siendo consolador de los que lloran enjuga las lágrimas de los justos, consuela á los penitentes y se duele de los pecados y miserias de sus hermanos.

Esta tan grande bondad de parte de Jesús nos enseña que debemos seguir todo ejemplo de piedad, y nos avisa para que no nos desconsolemos á la vista de la muerte temporal, siendo tan cierta la resurreccion que esperamos para la vida eterna. Lloren en buena hora los gentiles y paganos que no creen la resurreccion ni esperan la vida eterna; pero los cristianos que esto creen solo deben gemir y suspirar por la incertidumbre de si consiguieron los difuntos la felicidad futura, para aplacar la justicia divina si acaso aquellos murieron en su desgracia, y satisfacerla por ellos porque ya no están en estado de merecer. No pueden pasarse como olvidadas las doctrinas de san Agustín [2] sobre este pasaje importantísimo de la vida del Salvador. Interesantes son, dice, todas las personas, acciones y cosas que se observan en este gran milagro. El difunto representa al pecador muerto á la vida de la gracia: la madre viuda que llora la muerte de su hijo, es la imájen de la Iglesia que llora la muerte espiritual de cada uno de los suyos como si fuera único, estando toda ella metida en las entrañas de todos sus miembros con el espíritu de caridad y misericordia con que continuamente los engendra y ama, hasta que Jesucristo se forme en su corazon. Las lágrimas visibles de aquella madre y los pasos que da en seguimiento del hijo muerto, son figura de las que invisiblemente llora la Iglesia por los pecados de los suyos y de las amorosas diligencias que practica para conseguir su espiritual resurreccion, no desfalleciendo hasta verlos restituidos á la vida, temiendo no sean sepultados en el infierno, donde no hay esperanza de que hallen otra vez á Jesús. Los que á aquella acompañaban, denotan los buenos hijos de esta, que permaneciendo fieles en su seno lloran con ella la muerte espiritual de sus hermanos y ruegan por su resurreccion. El encuentro de Jesucristo con el difunto es el símbolo de la predestinacion, que al

[1] Ven. Bed. in cap. 7 Lucæ.

[2] Div. Agustín. Sermón 98. De verb. Dom. núm. 3.º

parecer por los medios carnales del mundo, aunque realmente dispuestos por su altísima sabiduría, suelen convertir á los que se apartaron del buen camino. La compasion que el Salvador tuvo de aquella buena madre, muestra la benignidad con que oye los clamores de la Iglesia; y el haberle dicho el Señor que no llorase, demuestra el consuelo que por sí mismo da ahora á los que derraman lágrimas de dolor por los males públicos y ocultos de la Iglesia, y el que dará á los miembros vivos de ella cuando haya perfeccionado la obra de la santificacion de todos los escogidos. ¡Oh! ¡Cuán admirables y dignas de la gratitud de los hombres son todas las obras de Dios! Su misericordia y amor brillan en todas ellas, y el hombre estúpido á la par que ingrato, no sabe conocerlas, ni admirarlas, ni agradecerlas.

Acercóse el Señor y tocó el *lugarcillo* ó el estrecho y pequeño recinto en que estaba encerrado el difunto, para que la obra de la salud se verificase por el contacto de su mano, y se conociese que su cuerpo santísimo, unido á la divinidad, era el instrumento de que se valia la omnipotencia divina para obrar aquel milagro; y de otros muchos visibles é invisibles que por la imposicion de sus manos y la de sus ministros habian de verificarse por el poder y virtud que habia de concederles; y en señal de que los golpes que su mano santísima da á los pecadores para que vuelvan en sí, todos son ordenados por su providencia adorable á la resurreccion del alma que está muerta á su gracia; y llama *lugar estrecho* ó pequeño recinto al féretro, para que se entienda la gran mudanza que hay de la vida á la muerte; pues al rico y poderoso, al príncipe ó al rey, y á quien cuando vivo no le bastan grandes y anchurosos palacios para vivir y habitar, le basta después de muerto un pequenuelo espacio bastante para encerrar el féretro que sus cenizas contiene; por lo que dijo un gran filósofo en la muerte de Alejandro: *El que ayer en todo el mundo no cabia, hoy le tiene encerrado un pequenuelo arca.*

Al tacto del féretro siguió el llamamiento del Señor y la prontitud del muerto en obedecer su voz; lo que demuestra el eficazísimo poder de la gracia que triunfa de los corazones mas obstinados, haciéndoles amar de repente el mismo bien que antes aborrecian. El

féretro simboliza el pecado; los que lo llevan son imájen de los apetitos desordenados que despeñan al hombre en el abismo insondable del infierno, si no le contienen los frenos saludables del amor, del temor y de la gracia de Dios. El sentarse el mozo y comenzar á hablar luego que Jesús le llama, indica la presteza con que hemos de obedecer las inspiraciones y llamamientos de la gracia, el modo con que hemos de agradecer á Dios las mercedes que nos dispensa, y que para que nuestra conversion sea verdadera y perfecta hemos de levantarnos luego del féretro de nuestros vicios, sacudiendo todas las ligaduras, señales y ocasiones de la muerte pasada. Y por último, el entregar el Señor este hijo á su madre, demuestra el espíritu con que el convertido vuelve á ser miembro vivo de la Iglesia; porque Dios resucita al pecador del pecado á la gracia para consuelo de esta tan buena y cariñosa madre, á fin de que otro tanto se consuele con la nueva vida de su hijo, cuanto se había entristecido con su pasada muerte; y sobre todo, demuestra esta entrega del hijo á la madre, que así como los hijos deben estar sumisos y obedientes no solo á su padre, sino también á su madre, aunque sea viuda, así también los hijos de la Iglesia deben estar sujetos á las disposiciones de esta Madre santa, pura, inmaculada, sin mancilla ni arruga alguna, á la que rige y gobierna el espíritu de la vida, del amor y de la gracia, á sus leyes canónicas y á la discreta severidad de sus ministros.

Llámase el pecador hijo único de su madre la Iglesia, porque así llora á cada uno cuando muere por la culpa, como la madre carnal llora y se entristece en la muerte temporal del hijo único que tenía, y al que amaba con la mayor ternura. Los dolorosos extremos á que se entrega Jacob y las violentas exclamaciones en que prorrumpió en la muerte creída de su hijo José [1], ó las lastimosas quejas de la madre de Tobías juzgándolo muerto durante su ausencia [2], pueden darnos una idea de la pena y sentimiento de una madre verdadera en la inopinada muerte del hijo único de su corazón. Dos cosas hay empero que advertir, y son, que cuando los pecadores vuelven á la Iglesia después de su resurreccion por la gracia, no

[1] Gen. c. 37, vs. 34 et 35.

[2] Tob. c. 10, vs. 4 et 5.

es porque ella los separe de su seno por el pecado mortal cuando ellos por la heregia no desatan ó rompen el vínculo de la fe, sino porque siendo muertos los vivifica, y les da parte otra vez en el jugo de la raíz de ella, que es la caridad, y los dispone para la perseverancia en la santa vida, por la cual han de vivir siempre unidos al cuerpo inmortal de Jesucristo. Y la segunda es el llamarse mística ó misteriosamente viuda la Iglesia: llámase así porque fué redimida por la muerte de su Esposo ó porque en tanto que padece destierro ó peregrinacion, está privada de la familiaridad de sus dulces zos; por lo que de ella está escrito: *Yo bendeciré bendiciendo á su bra Viuda* [1]. Por las plegarias pues de esta madre viuda y por los méritos de su esposo Cristo Jesús, vuelven los pecadores á participar del Espíritu de esta misma Iglesia. El Espíritu Santo se derrama en sus corazones, porque atiende á los gemidos de esta amantísima madre, que él mismo pone en sus entrañas, para que de lo hondo de ellas clamé y le pida la resurreccion de sus hijos muertos; y cómo este clamor es el de la caridad mas fervorosa y pura, cuando clamó la Madre, escuchó el Padre, atiende el Esposo y se despacha pronta y benignamente la súplica, porque se trata del bien del hijo; por lo que decia san Ambrosio [2]: Si es tan grave tu pecado que no puedes lavarte tú con lágrimas, llóre por tí la Iglesia, que es madre viuda, la cuál intercede por cada uno de sus hijos como si no tuviera otro.

Sobrecogieron de temor todos los que se hallaron presentes al milagro de la resurreccion, no porque temiesen les sobreviniese algun mal, sino porque la consideracion del poder y de la bondad y misericordia de Jesús les amilanaba y confundia: contemplábanle como á un gran profeta enviado por Dios para salvar á su pueblo, y no titubaban en darle el dictado de grande, porque veian los grandes milagros que obraba. Sostenia los débiles, levantaba á los caidos y resucitaba á los muertos, para animar á todos enseñándonos que cualquiera que sea la situacion de nuestra vida, ninguno debe presumir no caer; y si cayéremos, ninguno debe desesperar de levantarse; por lo que decia san Crisóstomo [3]: No oigamos estas

[1] Psal. 131, v. 15.

[2] Div. Ambros. super. Luc. lib. 5, núm. 92.

[3] Div. Crisostom. Hom. 27 in Math.

cosas los que parece que estamos firmes, como si nouviésemos necesidad de ellas, sino dígame cada uno á sí mismo: *El que diga que está firme, guárdese que no caiga*; y si caemos, no desesperemos, mas digamos en nuestros corazones: ¿Por ventura el que cae no se levantará? Y en verdad, muchos subieron á la cumbre de la virtud y de la perfeccion cristiana, y mostraban en su vida toda conformidad y paciencia; mas por poco que se descuidaron, pecaron y vinieron á grandes miserias y culpas; y otros por el contrario, después de verse sumidos en el profundo abismo del pecado, subieron hasta el cielo; y desde el lago tenebroso de la muerte, fueron trasladados á la compañía y vida de los ángeles; y tanta virtud adquirieron y mostraron, que lanzaron los demonios de los cuerpos y obraron muchas maravillas.

Sobrecogiéronse los circunstantes por el temor y el espanto, y la viuda se alegró por la resurreccion de su hijo. En la diversidad de tan opuestos efectos producidos por una misma causa, debemos conocer cuán diversas son tambien y opuestas entre sí las afecciones de una buena ó mala conciencia. Temen los unos, porque conociendo el mal estado en que viven no tienen valor bastante para armarse con la penitencia, para salir de él. Del mancebo resucitado se goza la madre viuda, y de los pecadores que cada día resucitan en espíritu se goza la santa Madre Iglesia [1], porque aquel era muerto cuanto al cuerpo, y estos cuanto al alma. La muerte visible de aquel era visiblemente llorada, y por esto el gozo fué asimismo visible; mas la muerte invisible de los otros ni se advierte ni se llora; antes al contrario, muchas veces procura ocultarla la maligna y astuta hipocresia, y solo la conoce aquel que conoce los muertos y puede resucitarlos á la vida; por lo que decia san Crisóstomo [2]: No hay cosa en el mundo que tanto junte las almas con Dios como las lágrimas que por el dolor del pecado y por amor á Dios se derraman; ora las lllore alguno por sus propios pecados, ora las derrame por los ajenos. Dime tú, pecador! ¿por qué razon te desatas en rizas desordenadas, pues que por tus propios pecados eres causa de tantos lloros, debiendo estar temblando delante del trono terrible

[1] Div. August. Serm. 44 de Verb. Dm.

[2] Div. Crisostom. Poent. Lacrimandum, etc.

del juicio de Jesucristo? Cosa es por cierto muy peligrosa que el pecador permanezca en sus pecados, y que como muerto se olvide de su salvacion, quedando como impassible entre las heces de sus vicios y en la muerte de su alma, no procurando remediarse por la penitencia; siendo como es indudable, que vino el Salvador al mundo para destruir la muerte y dar vida á los muertos. Si á esto no hubiera venido el Señor, no diria el apóstol: Levántate tú que duermes, resucita de entre los muertos, y te alumbrará Cristo. En este caso y otros de igual naturaleza se cumplió al pié de la letra lo que el mismo Jesús habia anunciado no mucho antes cuando dijo [1]: Como el Padre levanta y resucita los muertos, así tambien el Hijo á los que quiere da vida. Yo os aseguro que vendrá tiempo, y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y los que oyeron vivirán.

Este milagro tan público ganó para Jesús una crecida porcion de nuevos creyentes y admiradores de su omnipotencia y bondad, que uniéndose á los que ya le seguian, imposibilitaban hasta cierto punto su entrada en las pequeñas poblaciones, y aun casi en las ciudades mas populosas; por cuya razon resolvió ir su Majestad divina á visitar un paraje de Galilea de las naciones donde todavia no se habia dejado ver. Era ya muy entrada la tarde, y salió el Señor con designio de embarcarse, pasar al otro lado del lago de Jenesareth y retirarse á un lugar apartado con sus discipulos; pero las turbas acostumbradas á seguirle, no lo dejaron y lo fueron acompañando hasta la ribera. Detúvose un poco el Señor antes de embarcarse, para que aquel pueblo inmenso que le seguia pudiese gozar algun tiempo mas de su presencia, y entonces fué cuando acercándosele tres personas, una tras otra, quiso oirlas; no porque esperase obligarlas á seguirle, sino para darnos á conocer con su infelicidad, cuán dañosas son las aficiones humanas, pues frecuentemente estorban el efecto de nuestras buenas resoluciones, á las cuales sofocan muchas veces en su mismo origen.

El primero que se presentó fué un escriba ó doctor de la ley, el que se apartó de las turbas para hablar en particular al Señor. No

[1] Secund. Joan, c. 5, vs. 21 et 25.

tenía el Salvador costumbre de recibir grandes señales de afecto ni muy sinceras demostraciones de confianza de personas de este carácter; con todo, escuchó al escriba con la misma benignidad que á todos los que iban á consultarle, saludóle como á su *maestro* y le dijo: *á cualquiera parte que fuéreis, os seguiré*. Que fué lo mismo que decirle: Yo me hallo ilustrado con vuestras instrucciones y convencido por vuestros milagros; para mí es poco ser del número de los israelitas fieles que creen en vos; dignaos pues de recibirme entre vuestros discípulos, singularmente unidos á vuestra persona. Yo tengo tomada mi resolución, y ya nada me arredra ni detiene, estoy determinado á seguirlos á todas partes.

Arrogancia temeraria y atrevimiento audaz era el de este hombre, cuando tanto al parecer se prometía de su fervor, sin contar con los auxilios de la gracia que para ello necesitaba. Tal vez su intencion no era del todo pura, y en ella se mezclaba algo de interés y de ambicion. Quiso probarlo el Salvador, y él manifestó bien pronto su flaqueza, aunque ya la habia dado á entender en su salutación. No le habia saludado como Señor, sino como Maestro; porque no se le presentaba para servirle, sino para hacer un comercio lucrativo con lo que aprendiese. Instigado por la grandeza de los milagros que el Señor obraba, queria seguirle para aprender en su escuela el modo de obrarlos y adquirir después riquezas y nombradía. Jesús, que habia penetrado su corazon, contestó á sus apetitos antes que á sus palabras, y le dijo: *Las zorras tienen sus cuevas á donde se refugian, y las aves del cielo sus nidos; pero el hijo del hombre no tiene donde reclinarse su cabeza*. Que fué decirle muy claramente: ¿Me conocéis bien? ¿Habeis meditado por ventura la proposición que acabais de hacerme? Yo no quiero que os llameis después engañado: sabed primero la vida que hago, y sobre lo que deben contar los que se empeñan en vivir en mi compañía. Los animales de la tierra y las aves del cielo tienen sus cuevas y sus nidos á donde acogerse y descansar; y yo, que soy el primogénito y la cabeza de todos los hombres, no tengo casa propia, ni aun cama en que descansar ni reclinarse mi cabeza: por todas partes donde voy, soy un huésped y un extraño. Ve aquí lo que yo soy sobre la tierra y lo que deben ser los que me sigan. Consulta ahora

contigo, y mira bien si semejante empeño te conviene. Yo no he venido solamente á predicar la pobreza, sino á practicarla con toda austeridad: así pues, vanos son tus pensamientos cuando te propones seguirme por ganancias y lueros temporales. Sobre este pasaje dice con mucha oportunidad el Crisóstomo [1]: Mira de qué manera demuestra Jesús con sus obras lo que antes habia enseñado con sus palabras: no tiene mesa, ni candelero, ni casa, ni alguno de todos los utensilios que los hombres se adquieren para amueblarla. Para hospedaje tuvo el vientre de una virgen, para reclinarse tuvo un pesebre que no era propio, para morir una cruz, y para enterrarse un sepulcro extraño.

Las palabras del Maestro divino, tan capaces para inspirar un vehemente deseo de la perfeccion, produjeron un efecto enteramente contrario en aquel hombre vane é interesado, el cual dejó con aspe- reza á Jesús, no pudiendo resolverse á seguirle pobre, y queriendo mas hacerse esclavo del mundo que discípulo del Salvador. No hay duda que podia haber creído en Jesucristo sin hacer la vida austera y pobre que su Majestad habia abrazado; mas para ser del número de los discípulos destinados á predicar su doctrina, era preciso imitarlos renunciándolo todo; y pareciendo esta condicion muy onerosa al escriba, se retiró con despecho, porque vió frustrados todos los deseos de su corazon.

Después de haberse separado este pretendiente al apostolado, demasiado flaco para sostener su peso, para instruccion de los que á él tenia destinados, llamó el Señor á un particular de las turbas que le seguian, y le dijo: *Signeme*: palabra era esta capaz de hacerle romper á la hora todos los respetos de la carne y de la sangre, y todas las demás consideraciones que podian detenerle; y aunque no le faltaba ni fervor ni resolución, con todo, no sabia aun que para seguir las grandes vocaciones y cumplir con ellas, es preciso no ajustarse á las reglas y las leyes de la prudencia mundana, enemiga de la prudencia del espíritu; y que aquello que en otras circunstancias seria una obligacion, viene entonces á ser un obstáculo reprehensible. Feliz él si hubiera conocido la bondad del que

[1] Div. Crisostom. Hom. 23 in Math.